



Anselm Grün

Jesús, maestro de salvación

El evangelio de Mateo

verbo divino

Anselm Grün

Jesús, maestro
de salvación
El evangelio de Mateo

TRADUCCIÓN:
MIGUEL ANTONIO IBÁÑEZ RAMOS

eva

Índice

Introducción	5
El compilador	5
Mateo como maestro	9
La dimensión ética del evangelio de Mateo	13
El evangelio de Mateo, una buena nueva para nosotros, hoy	17
Comentario	21
El preámbulo de la historia (1-2).....	21
Las tentaciones de Jesús (4.1-11)	28
El sermón de la montaña (5-7).....	31
El discurso de la misión (10)	47
Los enviados del Bautista (11,1-19).....	54
La exclamación jubilosa de Jesús (11,25-30).....	57
El discurso sobre el Reino de Dios (13)	60
Jesús camina sobre las aguas (14,22-33)	66
La confesión mesiánica de Pedro (16,13-28)	70
Sobre el impuesto del templo (17,24-27)	76
Las reglas de la comunidad (18).....	79
La parábola de los viñadores (20,1-16)	85
La parábola del banquete de bodas (22,1-14).....	89
Palabras contra los escribas y fariseos (23).....	94
La parábola de las diez vírgenes (25,1-13)	103
La parábola del dinero confiado (25,14-30)	109
El juicio final (25,31-46).....	112

La historia de la pasión.....	117
La resurrección de Jesús (28,1-15).....	128
El encargo del Resucitado (28,16-20)	131
Bibliografía	139

Introducción

El evangelio de Mateo está considerado como el evangelio eclesiástico. En la Iglesia primitiva, el evangelio de Mateo era el más querido, el que se proclamaba e interpretaba con mayor frecuencia en la liturgia. Los primeros creyentes entendieron que, para Mateo, la Iglesia —es decir, la comunidad cristiana concreta— constituía el lugar donde continuaba la obra de Cristo. Sólo si la Iglesia hablaba de Cristo correctamente, si comprendía su mensaje y seguía sus mandatos podía convertirse en testigo de Cristo en este mundo, sólo así podía constituirse en el lugar donde Cristo, glorificado por Dios, actúa en este mundo.

El compilador

No podemos asegurar quién es el autor del evangelio de Mateo. La mayoría de los exégetas creen que fue un judeo-cristiano de la segunda generación muy formado y que hablaba muy bien el griego. Como judeo-cristiano está también abierto a los gentiles, para quienes el Evangelio tiene la misma importancia. Probablemente, la compilación que conocemos como evangelio de Mateo se escribió entre los años 80 y 90 d.C. en Antioquía, ciudad en la que vivían juntos cristianos, judíos, griegos y otros.

El medio en el que el autor compiló el evangelio fue un medio helenístico-judío. Por eso los elementos judíos son fuertes. En ningún otro evangelio encontramos un tratamiento tan exhaustivo de la ley judía como en Mateo. Nin-

gún otro evangelista presenta a Jesús tan inserto en el ámbito judío. Jesús es el que interpreta de modo auténtico la ley.

Pero, al mismo tiempo, en ningún otro evangelio encontramos una crítica tan dura a los judíos, sobre todo a los fariseos y a los escribas. Esto tenía, a menudo, influencias totalmente profanas en la historia de la interpretación. Ciertos pasajes polémicos fueron malinterpretados, desarrollando con ello un antisemitismo de origen cristiano que se opone diametralmente al evangelio de Mateo, en el que hay una gran preocupación por preservar la continuidad con el judaísmo. La comunidad cristiana es la sucesora legítima de la sinagoga judía. Jesús es un maestro como los rabinos judíos e incluso se muestra a través de una enseñanza que se corresponde con la verdadera voluntad de Dios.

En Jesús se han cumplido las promesas que Israel había recibido. Jesús no se sitúa frente a Israel, sino en el seno de su pueblo. Él interpreta auténticamente la voluntad de Dios para con su pueblo y cumple, por medio de sus obras, lo que a Israel le fue continuamente prometido a lo largo de su historia de fe, que, a menudo, fue también una historia de rechazo de Dios. Por eso, ningún evangelista ha citado tantos pasajes del Antiguo Testamento como Mateo, para quien no es suficiente fortalecer la fe de sus lectores.

Asimismo, para él también es un objetivo comprender a Jesucristo como el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento. Mateo introduce siempre sus citas de la Sagrada Escritura con estas palabras: “Así se cumplió lo anunciado por el profeta Isaías” (4,14; igualmente: 1,22; 2,15,17,23; 8,17; 12,17; 13,35; 21,4; 27,9). En todas estas “citas de cumplimiento” se hace visible la teología del evangelista y su comprensión de Jesús. En Jesús brilla la luz de Dios para los que viven en tinieblas (4,14). Jesús

hace realidad la imagen del Siervo de Dios que Isaías había esbozado. Cuando Jesús expulsa a los espíritus con su palabra y cura a todos los enfermos (8,17) se cumple lo que se dijo del Siervo de Dios.

Jesús es delicado con las personas. No levanta la voz ni es pendenciero. No rompe la caña cascada, sino que la endereza (12,7-21). En su enseñanza, Jesús anuncia “lo que estaba oculto desde la creación del mundo” (13,35). Él nos abre los ojos ante la realidad de la creación para que podamos reconocer en la creación el misterio de Dios, ante quien los seres humanos tenían los ojos completamente cerrados. Jesús nos introduce en el misterio de Dios y del ser humano. Él es el rey pacífico y lleno de mansedumbre que gobierna sin fuerza los dominios de Dios (21,4ss).

La polémica, con frecuencia dura, con los escribas y fariseos se comprende en relación con el contexto histórico en el que se sitúa el evangelio de Mateo. Tras la guerra de los judíos, los fariseos fueron el único grupo que quedó en el judaísmo. Los saduceos, zelotas y esenios prácticamente desaparecieron. Los judíos, derrotados por los romanos, intentaron en el sínodo de Yamnia reagruparse de nuevo. En la oración de súplica decimoctava se refleja esta petición: *“Que no haya esperanza para los rebeldes. Tú debes arrancar de raíz cuanto antes al osado reino en nuestros días; los cristianos y heréticos tienen que morir al instante, ser borrados del libro de la vida y no contar entre los justos”* (Grundmann, p. 32).

En este marco histórico, es comprensible que Mateo acentúe la crítica de Jesús a los fariseos en sus advertencias y que con esto vaya más lejos que el propio Jesús. Algunos puntos de su dura crítica a los escribas y fariseos están condicionados por el tiempo y pueden no resultarnos atractivos, al mostrarnos una imagen parcial y negativa de esos grupos judíos. Por otra parte, para Mateo, los fariseos y los escribas aparecían como una imagen del peligro de

que en el seno de la comunidad cristiana pudieran surgir grupos de maestros similares que propusieran su propia enseñanza de la ley y no el anuncio del Evangelio de Jesús a los hombres.

Los exégetas intuyen tras el autor del evangelio de Mateo una escuela de maestros cristianos que interpretaban los textos del Antiguo Testamento a fin de comprender e interpretar los acontecimientos de la vida de Jesús. Mateo, seguramente, no estaba solo; lo que él escribe es expresión de la teología de la comunidad. Sin embargo, es un autor en toda regla que construye su evangelio con arte literario y lo pone cuidadosamente por escrito. Él escribe con un griego notable, pero hace referencia continuamente a la poesía y las ideas hebreas. Utiliza recursos literarios típicamente hebreos, como la antítesis, el contraste, la repetición, fórmulas especiales, y le gusta redondear sus narraciones y sus discursos con una fórmula literaria.

Mateo escribe el evangelio para su comunidad, que ya ha sido instruida en la fe. Él ya no se plantea el problema de cómo alguien llega a ser discípulo de Jesús, sino el de cómo hacer más auténtica la condición del discipulado. No le preocupa cómo encuentra la fe el ser humano, sino cómo vive desde la fe. Por eso, para Mateo, como para Juan, no existe la alternativa de creer o no creer, sino de una fe débil o una fe fuerte. Con su evangelio, él quiere fortalecer a su comunidad.

Mateo ve la esencia del cristianismo en el discipulado. Cuando en su evangelio narra cosas acerca de los discípulos, éstos son siempre imágenes, arquetipos de los cristianos. Igual que los discípulos, los cristianos corren el peligro de traicionar a Jesús, de no entenderlo, de verlo equivocadamente o de querer imprimir una determinada imagen en Él. Por eso, Mateo muestra a su comunidad, que es responsable de su culpa, la imagen de Jesús como juez. Esta imagen aparece hoy ante nosotros como amenazadora.

En muchos lectores de la Biblia les surge el miedo cuando leen algo sobre el juicio final, en el que los buenos serán separados de los malos.

Mateo no usa en ningún momento la imagen del juicio para infundir miedo al lector, sino para llamar la atención sobre las consecuencias de su modo de actuar. La razón de ser de nuestra existencia cristiana es que nosotros somos amados por Dios incondicionalmente. Pero la experiencia de ese amor se tiene que expresar en una vida de cumplimiento de la voluntad de Dios. Si desoímos las palabras de Jesús y no cumplimos la voluntad de Dios, entonces vivimos desde fuera de nosotros mismos y nos dañamos íntimamente.

Asimismo, la predicación del juicio es también una forma de apremio: “¡Tómame en serio tu vida! Sólo se vive una vez. Tú puedes adormecerla. ¡Despierta y vive realmente! ¡Vive de forma que tu vida se corresponda con la voluntad de Dios y con tu verdadera naturaleza!”.

Mateo como maestro

Mateo se ve a sí mismo como un maestro que se presenta ante su comunidad para responder a las preguntas y problemas que se plantean, de forma concreta, unos a otros. Mateo se muestra como un maestro en los cinco grandes discursos que pone en boca de Jesús. Mateo es sistemático: ordena los numerosos textos que ha recogido del evangelio de Marcos y de la fuente Q para componer los grandes discursos. Los cinco sermones nos recuerdan a los cinco libros de Moisés. Jesús es el nuevo Moisés. Él proclama la ley que Moisés ha transmitido a los israelitas de una manera nueva y la interpreta a favor de la comunidad cristiana.

En su enseñanza, Mateo une lo antiguo y lo nuevo, la Sagrada Escritura, tal y como fue transmitida por Israel, y

la Buena Nueva de Jesús, que interpreta de modo auténtico la misma Sagrada Escritura. Muchos exégetas creen que Mateo ha dibujado su autorretrato en los versículos 13,52: *“Todo maestro de la ley que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es como un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas”*. Mateo pone de manifiesto que ha sido educado en el rabinato judío; en efecto, él es un discípulo del Reino de los Cielos que ha de venir. Por eso, él selecciona todo lo que le parece enriquecedor para la instrucción de la comunidad, ya sea tanto de la antigua tradición judía como del nuevo mensaje de Jesús.

Mateo es un maestro aventajado y ordena su material sistemáticamente de modo armónico. Para ello utiliza el conocimiento de la simbología numérica. Le gusta el número tres como símbolo del cumplimiento y la plenitud (tres veces catorce generaciones: 1,2-17; tres formas de piedad: 6,1-18). Otro número muy importante para él es el siete, el número de la transformación (siete parábolas en el capítulo 13 y siete invectivas contra los fariseos en el capítulo 23). El diez es un símbolo de la totalidad. Mateo se hace eco de diez milagros en los que Jesús muestra a los hombres que Él fue predestinado por Dios para curar a los heridos y colmar a los desheredados. El doce es el número de la totalidad de la comunidad, y por eso Jesús escoge a doce apóstoles.

Para mí, hay dos aspectos especialmente importantes de Mateo como maestro. El primero es que Mateo es plenamente consciente de que sólo hay un verdadero maestro, Cristo. Por eso, a nadie se le debe llamar maestro en la comunidad. La comunidad es una hermandad de hermanos y hermanas y en ella nadie debe situarse por encima de los demás. Aun cuando en la comunidad de Mateo se hayan distribuido diversos ministerios, pasan a un segundo plano ante la comunidad de hermanas y hermanos que están juntos en el camino y escuchan al unísono al maestro Jesucristo. La tradición de la Iglesia ha profundizado en

esta visión, pues ha adjudicado el evangelio a Mateo, que era un publicano y, como tal, un pecador que había sido llamado por Jesús. El escriba que pone por escrito el evangelio es consciente de su procedencia. Él, siendo publicano, es llamado a ser discípulo de Jesús y a ser instruido por Él. Es un hermano entre los hermanos. Para cada predicador y predicadora cristianos, Mateo es la imagen que muestra, tanto desde la exclusiva enseñanza de Cristo como desde su propia experiencia de pecador que ha sido llamado, un modo de pensar que consiste en no situarse por encima de otro, sino en meditar y elucidar en comunidad el misterio de Jesús y de su Padre celestial.

El otro aspecto se manifiesta en la composición del evangelio de Mateo: a un discurso le sigue un acontecimiento salvífico; a las palabras de Jesús les siguen sus obras. Lo que Jesús hace, lo interpreta y lo confirma con lo que dice. Palabras y hechos se entrelazan mutuamente y se comprenden las unas por los otros, y viceversa. Jesús no es un profesor que enseña un sistema de preceptos, sino alguien que confirma y refuerza su enseñanza con su propia vida. Por ello, su enseñanza no es moralizante y, a menudo, Él enseña mucho más con su forma de actuar. Mateo, por el contrario, concreta, mediante la descripción de las obras de Jesús, cómo hay que entender su enseñanza. Al sermón de la montaña (capítulos 5-7) le siguen diez milagros (capítulos 8 y 9). Con ello, Mateo establece una relación con la salida del pueblo de Israel de Egipto, que según la tradición judía se produciría después de diez acciones milagrosas.

El sermón de la montaña y los diez milagros confirman que Jesús es el nuevo Moisés que conduce a su pueblo a la tierra prometida, al Reino de los Cielos, tal como preconizaba la historia de la infancia de Jesús. A través de la enseñanza de Jesús y la curación de los enfermos brilla la luz que trae la salvación a los hombres que viven en sombras de muerte.

Al discurso misionero de despedida (capítulo 10) le siguen narraciones que describen cómo comprende Jesús su misión (capítulos 11 y 12). Al tercer discurso con las parábolas del Reino de lo Cielos (capítulo 13) le siguen historias que concretan la venida del Reino de los Cielos, como la multiplicación de los panes, el caminar de Jesús sobre las aguas, la confesión mesiánica de Pedro sobre Jesús y la transfiguración de Jesús, en la que el Reino de los Cielos resplandeció ante los discípulos. Al discurso sobre la vida comunitaria (capítulo 18) le siguen diversas aplicaciones en el pasaje sobre el divorcio y sobre los comienzos del Reino (capítulo 19) o en el discurso sobre quién es el siervo y quién el señor en la comunidad cristiana (20,20-28). Al último discurso, las palabras contra los escribas y fariseos (capítulo 23) y sobre el final de los tiempos (capítulos 24 y 25), le sigue la narración de la pasión y resurrección de Jesús. La pasión y la resurrección de Jesús interpretan los discursos sobre las realidades finales.

En la muerte, la obra de Jesús a favor de la humanidad y de todo el cosmos adquiere un significado, y el resplandor de la resurrección ante las mujeres y los discípulos, así como su última revelación en la despedida en lo alto del monte, anuncian su regreso de antemano. Jesús, que por la muerte ha salido de este mundo, volverá de nuevo. Hasta el fin de los tiempos, Él está junto a sus discípulos. Es el *Emmanuel*, el que en los evangelios de la infancia (1,23) fue llamado “Dios con nosotros”. La vuelta definitiva sobre la que Jesús habla en el capítulo 24 sólo puede cumplirse si se pasa por la resurrección.

Pero Mateo no es sólo un maestro que nos transmite los discursos magistrales de Jesús; el nos enseña algo más cuando vincula las palabras con los hechos de Jesús y, con ello, cobra sentido el misterio de Cristo. También sus narraciones son enseñanzas. En ellas se pone de manifiesto quién es Jesús para nosotros: el Redentor, el Salvador, el

Mesías que reúne en torno a Él al nuevo pueblo de Dios y a través del tiempo presente lo conduce hasta el Reino de los Cielos, que ya ha sido inaugurado desde ahora y tiene que llegar a revelarse a todos en la culminación del mundo. Jesús no enseña porque haya recibido una buena formación específica respecto a la interpretación del Antiguo Testamento, sino porque ha tenido una profunda experiencia espiritual. La conciencia de Jesús está impregnada de la experiencia de que Dios es su Padre y de que Él es Hijo de Dios. Él quiere hacernos partícipes de su experiencia por medio de su enseñanza y, al mismo tiempo, permitir que sintamos que somos hijos e hijas de Dios.

La dimensión ética del evangelio de Mateo

Mateo no es un maestro que sólo se preocupa de la “enseñanza correcta”. Su objetivo es la ética. Ningún otro evangelista ha comprendido tan bien como Mateo la Buena Nueva de Jesús como un desafío ético. Ser cristiano no consiste para él en que uno confiese el credo y ore correctamente; lo fundamental es que el comportamiento de los cristianos refleje su fe. Mateo no se refiere con esto sólo a los comportamientos individuales, sino al modo concreto de vivir unidos en la comunidad cristiana. Tal y como viva la comunidad en conjunto, así se hará visible para la gente de afuera: si se muestran como testigos de Cristo o, por el contrario, oscurecen a Cristo.

Para Mateo, la nueva justicia consiste ante todo en el amor a los enemigos, pues, con éste, el mundo puede percibir que, gracias a Cristo, algo nuevo ha llegado a este mundo, que puede ser transformado y salvado. Sin embargo, él se lamenta de que a menudo los cristianos no cumplen con esta pretensión, y por eso debe apremiarles continuamente para que se dejen introducir en la sabiduría de Jesús e imiten sus obras. La Iglesia primitiva vio en esta

nueva actitud que los cristianos tenían ante las obras de Jesús una prueba de la ocasión única que se había producido con su llegada al mundo. Por eso el evangelio de Mateo se extendió tanto. En la época de la Reforma, sin embargo, esto se dejó de lado y Pablo, que proclamaba la justificación sólo por la fe, pasó a primer término. Eran otros tiempos. Hoy día, el testimonio de los cristianos ya no se ve desde la relación con un entorno enemigo, sino desde el núcleo mismo del cristianismo. Y éste consiste en la experiencia de la gracia inmerecida que nos ha sido dada en Jesucristo.

Mateo no se ve a sí mismo como un mero representante de una nueva legalidad. Para él, el anuncio del contenido ético del mensaje de Jesús constituye una ayuda de vida para la comunidad cristiana, pues “en un mundo en el que todas las normas morales se tambalean” (Grundmann, p. 36) es necesario para la supervivencia de la comunidad que ésta reciba una consigna clara respecto a su modo de actuar. La ley que Jesús interpreta de modo auténtico no es, para Mateo, algo que supera al hombre y conlleva la culpa, tal y como lo experimentó Pablo; para él, la verdadera interpretación de la ley es ante todo una “ayuda de Dios a la comunidad para que conozca su voluntad y la cumpla” (Grundmann, p. 38).

Mateo asume, de este modo, la teología del Antiguo Testamento, según la cual la ley es un bien de Dios. La ley de Dios es una bendición para los hombres y les proporciona una vida verdadera, pero –en opinión de Mateo– ha sido interpretada falsamente por algunos maestros judíos. Por eso se necesita la interpretación auténtica de la Torá por medio de Jesús, para hacer comprensible a los hombres la verdadera voluntad de Dios, voluntad que quiere la salvación y la vida de los hombres.

Jesús no dio ningún valor al ritual y a las normas del culto. Él fue muy crítico con ellas. En ningún momento se

nos da noticia de que Jesús participase en el culto del templo; sin embargo, acudía regularmente a la sinagoga.

Jesús concentra la totalidad de la ley en el doble mandamiento de Dios y del prójimo, y amplía el mandamiento del prójimo hasta los enemigos. El fin último de la ley consiste en que el ser humano está capacitado para amar, “y sólo el hombre capaz de amar participa de modo pleno en la vida” (Limbeck, p. 276). En el juicio final, el ser humano será medido por su amor, pues el amor pone de manifiesto si los cristianos siguen los mandatos de Jesús o no. Jesús no es simplemente un nuevo legislador, sino el Salvador, el Redentor de los que le siguen. Él permanece al lado de los que le siguen y les asegura su proximidad todos los días hasta el fin del mundo.

La dimensión ética del evangelio de Jesús la conocemos también por Lucas; sin embargo, Lucas y Mateo ponen el acento en el contenido ético de las palabras de Jesús de un modo diferente. Lucas, que proviene de una comunidad de clase media urbana de ambiente helénico, se interesa sobre todo por lo que está relacionado con las propiedades. Para él, la mayor tergiversación del mensaje cristiano es, precisamente, que los cristianos se apeguen a sus posesiones. La pobreza es la respuesta necesaria a esto.

Por su parte, Mateo ve el mayor peligro para el hombre en la lucha y la división que se producen en la comunidad humana. Esta división se hace cada vez más profunda por el odio de unos hacia otros y abre una grieta hasta el fin del mundo. Por eso, el desafío ético más importante es la disposición a perdonar y a reconciliarse; el mandato más importante es el del amor, que conlleva incluso el amor a los enemigos. Frente a la reacción ante los conflictos con fuerza y energía, el Jesús del evangelio de Mateo aconseja la mansedumbre y el amor. Él mismo da un ejemplo de ello en su pasión, pues su renuncia a la fuerza y al poder transforma profundamente al mundo y lo salva.

A lo largo de la historia del cristianismo, el evangelio de Mateo ha sido interpretado, a menudo, de modo legalista. Se ha argumentado que preceptos como los que Jesús enuncia en el sermón de la montaña exigen demasiado a los cristianos. Mateo, en su crítica a los fariseos, se previene de cualquier interpretación legalista de su evangelio. La instrucción concreta que él proclama movido por el Espíritu de Jesús consiste en la expresión de una experiencia espiritual, la experiencia de que hemos sido hechos hijos e hijas de Dios por medio de Jesús. Quien ha confesado en lo profundo de su corazón lo que significa estar en Dios y vivir desde Él, se comportará de una manera distinta. Las instrucciones concretas de Jesús son una expresión de la experiencia espiritual, pero, al mismo tiempo, son también una prueba de si su experiencia es verdadera o si Él ha utilizado a Dios en su favor. Las dimensiones ética y religiosa son para Mateo inseparables.

Esta íntima conexión nos beneficia también hoy a nosotros. La mística sin ascesis provoca enfermedades, del mismo modo que la ascesis sin mística divide al hombre internamente. Mateo nos muestra a Jesús como un sanador que cura nuestras heridas. Para Mateo, a menudo, Jesús sana a dos ciegos y a dos posesos. Con esta ampliación a dos enfermos cada vez, Mateo muestra que nosotros nos identificamos con uno de los dos.

Mateo renuncia a describir los milagros de curación tan detalladamente como lo hace Marcos. A él solamente le interesa el encuentro salvífico con Jesús. Yo reconozco al Jesús sanador cuando Él, en el sermón de la montaña, interpreta de modo auténtico la voluntad de Dios, cuando Él pronuncia para mí la Palabra de Salvación y me toca con sus manos sanadoras. Jesús, que suscita en mí un nuevo comportamiento, es el que ha cargado con mis sufrimientos y el que ha soportado mis enfermedades (cf. 8,17).

El evangelio de Mateo, una buena nueva para nosotros, hoy

¿Qué puede decirnos hoy Mateo? Me viene a la cabeza la lucha contra la Iglesia. La Iglesia ha perdido desde hace mucho tiempo su auténtica vocación. A menudo, la prensa se interesa sólo por las noticias negativas del ámbito de la Iglesia. Pero la Iglesia no puede dar vueltas sobre sí misma, sino que debe ser levadura para este mundo; sal de la tierra y luz del mundo. Ella tiene una misión para el mundo entero y no puede eludir su responsabilidad. El odio sólo engendra odio, y hoy día, ante la violencia fundamentada en la religiosidad, Mateo nos muestra un camino a través del cual la enemistad se puede superar con el amor y la violencia se puede vencer con la mansedumbre.

Si la Iglesia sigue las indicaciones de Mateo y practica un nuevo modo de proceder con los demás en el sentido de Jesús, se convertirá en un signo de esperanza, en un signo de que la paz es posible para este mundo. La forma de vida de la Iglesia no es sólo una cuestión externa, sino que en ella se expresa la fuerza de su fe en Cristo. Y Jesús quiere también hoy actuar por medio de la Iglesia. Éste era el mensaje de la Iglesia primitiva. Jesús vivió en un lugar concreto de Palestina y hoy quiere ser experimentado también en lugares concretos. La Iglesia –así la concibió Mateo y, tras él, muchos Padres de la Iglesia– debe ser el lugar en el que, cumpliendo la voluntad de Jesús, se pueda tener experiencia de Él a lo largo de los tiempos. Jesús quiere transformar y salvar este mundo a través de sus seguidores, los cristianos.

Un segundo aspecto del evangelio de Mateo que me parece de total actualidad es la dimensión ética de su mensaje. Aunque el concepto “espiritualidad” ha adquirido hoy una creciente importancia y se ha producido un *boom* correlativo a esta actitud espiritual, esto muy a menudo conlleva, sin embargo, tendencias narcisistas. Y es que uno

da vueltas sobre sí mismo y sus experiencias espirituales pero no cambia de actitud. Frank Visser, el traductor holandés de los libros de Ken Wilber, encuentra muy inquietante “que en América se entienda de forma regresiva la mayor parte de la espiritualidad” (Wilber, p. 15). Se trata sólo de sentimientos y más sentimientos. Ken Wilber le da la razón. “Muchos de los que en América se denominan ‘renacimiento espiritual’ no son sino un tobogán hacia una egocéntrica, prerracional y narcisista autoglorificación (*ibíd.*, p. 16). Frente a esto, Mateo establece una espiritualidad que se expresa en actitudes concretas; y por medio de estas actitudes, el mundo es conformado y –como ocurre con la levadura y la masa– impregnado y transformado. La espiritualidad se evidencia como algo auténtico cuando capacita para tratar a los demás de un modo nuevo. En los centros espirituales en los que sólo se habla de espiritualidad, las relaciones son a menudo caóticas porque, al entenderse todo de modo espiritual e intocable, los conflictos emocionales quedan relegados y van a parar cada vez más profundamente en el interior de cada uno. Mateo ha escrito un capítulo específico sobre las relaciones en el seno de la comunidad (capítulo 18) en el que no se pierde en sentimientos de entusiasmo, como ocurrió en algunos círculos cristianos de finales del siglo primero que son comparables con ciertos movimientos de hoy.

El tercer aspecto que me fascina del evangelio de Mateo es el acento que pone en la misericordia: “Misericordia quiero y no sacrificios”. Mateo cita este texto del profeta Oseas (Os 6,6) dos veces: en 9,13 y en 12,7. En 9,13 dice literalmente: “Id y aprended lo que significa misericordia quiero y no sacrificios”. “Id y aprended” era una fórmula de la escuela rabínica. Mateo quiere decir con esto: “Id a la escuela de Jesús. Lo más importante que aprenderéis allí es la misericordia. Dios es misericordia. Él no quiere tu sacrificio, ni que te empequeñezcas o te destruyas, sino que le sientas en la acción de gracias por la misericordia, que seas

misericordioso contigo mismo y con los demás. En todos los desafíos a la ley que llevó a cabo con su comportamiento en la convivencia con los hombres, Jesús estuvo en todo momento seguro de la misericordia de Dios, a la que podía abandonarse. El que es conforme a la voluntad de Jesús no es el fanático por Cristo, el que exige el cumplimiento estricto de los mandamientos, sino el misericordioso.

Comentario

El preámbulo de la historia (1-2)

Mateo no narra la infancia de Jesús igual que Lucas, sino que en el comienzo coloca su árbol genealógico. Mateo empieza con estas palabras: “*Biblos geneleos Jesou Christou*”, que significan “el libro de los orígenes de Jesús”. Mateo se refiere con esto a Gn 2,4: “Ésta es la historia de la creación del cielo y de la tierra”. El evangelista quiere expresar con estas palabras el misterio de Jesús, quiere describir cómo se ha llegado hasta Jesús y qué significado tiene esto. La historia de Israel comienza con la promesa hecha a Abrahán: “Por ti serán bendecidas todas las generaciones de la tierra” (Gn 12,3). En Jesús culmina esta historia, y Dios inaugura en Él un nuevo principio. Así como Dios creó el cielo y la tierra, así crea en Jesús al hombre, que es la razón de ser y el fin último de la creación. Jesús culmina lo que fue prometido a Abrahán: Él será una bendición para las generaciones futuras.

Desde hace mucho tiempo, los exégetas han especulado sobre el significado de las cuatro mujeres mencionadas de forma añadida en el árbol genealógico: Tamar, Rajab, Rut y Betsabé, la mujer de Urías. Tamar era la nuera de Judá y, presentándose ante Judá como una prostituta, tuvo relaciones con él para quedarse embarazada. Rajab era la prostituta que hizo posible a los israelitas la conquista de Jericó. En las antiguas exégesis se veía a estas mujeres como pecadoras, pero esto no expresa la opinión de los evange-

listas, sino los prejuicios de los exégetas. Las cuatro mujeres son extranjeras. Mateo, al poner el árbol genealógico al comienzo del evangelio, muestra que Jesús ha asumido una naturaleza humana íntegra y que la salvación ha sido ofrecida también para los extranjeros.

Las cuatro mujeres nos remiten a María, la quinta mujer. Ella, igual que las otras cuatro, tiene poco que ver con la genealogía, ya que el árbol genealógico sigue la línea sucesoria de José. Pero de María se dice que de ella nació Jesús, “que fue llamado Cristo” (1,16). María es la quinta mujer y en ella se cumple lo que se insinuó en las otras cuatro. Por medio de las mujeres, Dios penetra en el árbol genealógico. En la sucesión normalizada, surge una irregularidad. En esto Dios se muestra sorprendentemente poderoso, pues no se rige por reglas humanas y es evidente que Cristo ha asumido la historia, con sus alturas y profundidades, con sus caminos y sus lugares intrincados, y la ha redimido.

En María, Dios culmina unos hechos sorprendentes: en medio de la historia de la salvación y la condenación sitúa un nuevo comienzo. Esto se puede entender también de forma simbólica: María es la quinta mujer. Frente a los cinco libros de Moisés están las cinco mujeres. El cinco es el número de Venus, la diosa del amor. El amor completa la ley. En la evolución se sucedieron cuatro etapas: del mundo mineral, del mundo de las plantas, de los animales y del hombre. La quinta etapa consiste en alcanzar la divinidad. En María se supera la humanidad y se desemboca en Dios, pues en ella Dios se hace hombre.

Mateo construye el árbol genealógico de un modo estético: tres veces catorce generaciones. Los dos números son simbólicos. El tres es el número de la perfección; el catorce es el número de la salvación y la transformación. En Babilonia había catorce dioses auxiliadores. Jesús, gracias a su nacimiento, ha liberado a la humanidad de sus divisio-

nes y ha unido a unos con otros. Con su venida a este mundo, Él ha salvado la historia de la humanidad, que a menudo fue una historia insalvable. Los tres grupos de catorce ponen el clímax de la historia de la salvación en David, el punto más profundo en el exilio, y finalmente, la plenitud en la venida de Jesucristo. Tanto los momentos cumbre de la historia de Israel como los de declive serán superados y transformados en Jesucristo.

Mateo pone después del árbol genealógico cinco historias que narran las circunstancias del nacimiento de Jesús y el destino del niño recién nacido. Aquí aparece, de nuevo, el número cinco como principio estructurador. El cinco se relaciona con la perfección humana. En Jesús, el hombre, que por el pecado se ha hecho enemigo de sí mismo, llega a la plenitud y a la salvación. Mateo narra el nacimiento de Jesús desde el trasfondo de una imagen bíblica: Jesús es el segundo Moisés. Él cumple la palabra que Moisés proclamó ante su pueblo: “El Señor, tu Dios, suscitará en medio de tus hermanos un profeta como yo” (Dt 18,15). Mateo no quiere sólo contar historias, sino que interpreta la historia al describir el nacimiento y los primeros años de Jesús desde el marco de la historia de Moisés.

En paralelo con las narraciones judías sobre el nacimiento de Moisés, tal como fueron ampliamente difundidas en Israel en tiempo de Mateo, éste comienza contando la preocupación que tenía José respecto a su prometida María desde el momento en que supo que estaba embarazada (cf. Limbeck, p. 33). El embarazo fuera del matrimonio merecía la muerte por lapidación. José era un hombre justo, pero no seguía ciegamente la ley. Él une su justicia y la misericordia. Éste es, para Mateo, un tema principal. Si José hubiera cumplido simplemente la ley, debería haber llevado a María a que la lapidaran. Pero él no quiere ser justo ante la ley, sino ante los hombres. Él representa una actitud que, dentro del fariseísmo, vinculaba la justicia con la misericordia. Él quiso liberarla de su compromiso

mediante una carta de repudio y, de este modo, ser justo ante la ley y ante su compromiso. Sin embargo, en medio de estas consideraciones humanas, a José se le apareció un ángel en sueños. Éste le explicó lo que había sucedido y cómo su entendimiento no podía comprender que el niño que esperaba su prometida era del Espíritu Santo. En este sueño, José aparece como un amigo de Dios a quien el ángel introduce en los misteriosos planes que tiene para su pueblo. El niño que María dará a luz tendrá un significado especial para todo el pueblo. A José se le pide que tome consigo a María, pues, según el derecho judío, el niño que ésta lleva en su seno será su propio hijo.

Así es como el ángel aclara el misterio del niño: proviene de la acción creadora de Dios, del poder del Espíritu Santo; sin embargo, José es designado jurídicamente su padre, por lo que le corresponde a él ponerle un nombre. Mateo interpreta el nombre con estas palabras: “Pues Él salvará a su pueblo de los pecados” (1,21). El pueblo no significa aquí sólo Israel, sino toda la humanidad, incluso los enemigos. Jesús, como hijo de David, crea un nuevo pueblo y es liberado de las ataduras del pecado. Aquí resuena por primera vez un tema fundamental del evangelio de Mateo: Jesús anuncia no sólo el perdón, sino que promete el perdón de los pecados de los hombres de modo absoluto. Él libra a los hombres de los pecados en los que se han enredado, por los que se han visto separados de la comunidad con Dios.

En Jesús se cumple la promesa mesiánica: “*La virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrán por nombre Emmanuel (que significa: Dios con nosotros)*” (1,23). Con el nacimiento de Jesús, Dios crea un nuevo comienzo para todos los hombres. Él hace real lo que desde siempre prometió al pueblo de Israel por medio de los profetas: que Jerusalén sería restaurada, que los acontecimientos pasados serían renovados. En Jesús, Dios mismo está entre nosotros y con nosotros. Dios estará con su pueblo no